

En medio de tu marcha procelosa
El escollo tus iras desafía?

Vas, te encrespas, le ciñes con porfia,
Retrocedes rugiente,
Y del tenaz luchar desesperada,
Te precipitas en su negro seno,
Despedazando tu altanera frente.

En tanto el viento horrible,
Arrastrando al relámpago y al rayo,
Cimbra el espacio, rasga el negro velo
De la tiniebla, se prosterna el mundo
Y un siniestro contento se percibe
¡Oh mar! en lo profundo,
Cual si con esa pompa celebrarás,
Entre el eterno duelo,
Tus nupcias con el cielo!

Cansada de fatiga, cual si el aura
Tierna te prodigara sus caricias,
A su encanto dulcísimo te entregas,
Calma tu enojo, viertes tus sonrisas,
Y como niña con las olas juegas
Cuando te dan su música las brisas.

Tú eres un sér de vida y de pasiones:
Escuchas, amas, te enloqueces, lloras,
Nos sobrecoges de terrible espanto,
Embriagas de grandeza y enamoras.

Cuando por vez primera ¡oh mar sublime!
Me ví junto de tí, como tocando
El borde del magnífico infinito,
Dios, clamó el labio en entusiasta grito:
Dios, repitió tu inquieta lontananza:
Y *Dios*, me pareció que proclamaban
Las ondas, repitiendo mi alabanza.

Entónces ¡ay! la juventud hervía
En mi temprano corazón, la suerte
Cual guirnalda de luz embellecía
La frente horrible de la misma muerte.
Y grande, grande el corazón, y abierto
Al amor, á la patria y á la gloria,
Émulo me sentí de tu grandeza
Y mi orgullo me daba la victoria.

Entónces, el celaje que cruzaba
Por el espacio con sus alas de oro,
De la patria me hablaba.
Entónces ¡ay! en la ola que moría
Reclinada en la arena sollozando,
Recordaba el mirar de mi María,
Sus lindes ojos y su acento blando.
Si una huérfana rama atravesaba,
Juguete de las ondas, cual yo errante,
Léjos de su pensil y de su fuente,
La saludaba con mi voz amante,
La consolaba de la patria ausente.

Si el pájaro perdido iba siguiendo,
Rendido de fatiga, mi navío;
¡Cuánto sufrir, Dios mío!
Su ala se plega, aléjase la nave,
Y se esfuerza, y se abate y desfallece,
Y convulsa, arrastrándose en las ondas,
El hijo de los bosques desaparece.

En tanto, tus inmensas soledades
La gaviota recorre, desafiando
Las fieras tempestades.
Entónces, en la popa dominando
La inmensa soledad, me parecía
Que una voz á lo léjos me llamaba,

Y acentos misteriosos me decía:
 Y yo le preguntaba:
 ¿Quién eres tú? ¿de la creación olvido
 Te quedaste sus formas esperando
 Engendro indescifrable, en agonía
 Entre el ser y el no ser siempre luchando?
 ¿Al desunirse de la tierra el cielo,
 En tus entrañas refugiaste el caos?
 ¿O mágica creación, rebelde un día
 Provocaste á tu Dios, se alzó tremendo:
 Sobre tu frente derramó la nada
 Y te dejó gimiendo
 A tu muro de arena encadenada?

¿O promesa de bien, en tus cristales
 Los átomos conservas, que algún día
 Cuando la tierra muera,
 Produzca con encantos celestiales
 Otra luz, otros seres, otro mundo,
 Y entónces nuestro suelo
 A tus plantas se llame mar profundo
 En que retrate su grandeza el cielo?

*

* *

Hoy llegué junto á tí como otro tiempo
 Siguiendo ¡oh libertad! tu blanca estela;
 Hoy llegué junto á tí cuando se hundía
 En abismos de horror y de anarquía
 La linfa de cristal de mi esperanza,
 Y hoy como en otro tiempo la voz mía,
 En himno se tornó de tu alabanza.

Porque tú eres un poema de grandeza,
 Porque en tí el huracán sus notas vierte,
 Luz y vida coronan tu cabeza,
 Tienes por pedestal tiniebla y muerte.

*

* *

Nadie muere en la tierra; allí se duerme
 De tierna madre en el amante pecho:
 Velan cipreses nuestro sueño triste
 Y riegan flores nuestro triste lecho.
 Solitaria una cruz dice al viajero
 Que pague su tributo
 De lágrimas y luto
 En el extenso llano y el sendero.

En tí se muere ¡oh mar! ni la ceniza
 Le das al viento: en la ola que sepulta
 La rica pompa de poblada nave
 Nada conserva las mortales huellas,
 Se pierden . . . y en tu seno indiferente
 Nace la aurora y brillan las estrellas.

A tí me entrego ¡oh mar! roto navío,
 Destrozado en las recias tempestades,
 Sin rumbo, sin timón, siempre anhelante
 Por el seguro puerto,
 Encerrando en mi pecho dolorido
 Las tumbas y el desierto . . .

Pero humillado no; y en mi fiereza,
 A tí tendiendo las convulsas manos,
 Sintiendo en tí de mi alma la grandeza,

Y ahogando mi tormento,
Le pido á Dios la paz de mis hermanos :
Y renuevo mi augusto juramento
De mi odio á la traicion y á los tiranos.

ENERO DE 1877.

A bordo del "Granada" en el mar Pacifico.

GUILLERMO PRIETO.

El amor irreflexivo de padre me hizo enseñar mis versitos, y cátenme vdes. en posesion de la más molesta, perjudicial y engorrosa para mí, de todas las reputaciones: la reputacion de poeta.

A ella debo que mis estudios más sesudos se hayan graduado de quimeras; de ello ha tomado pié la maledicencia para pintarme como un sér insustancial y soñador; por ella cualquier *quidam* me hace objeto de sus sátiras y soy el tema obligado de todas las detracciones y calumnias. Ella me hace la mina inagotable de las gracedas de todos los necios, y el objeto predilecto para los desahogos de los pedantes y malvados.

Yo tengo aversion al título de poeta, entre otras cosas, porque no lo merezo: doy todos mis laureles por una gota de olvido de mi manía.

Pero no hubo remedio. Joaquin Alcalde y yo fuimos los poetas del buque; en ménos que canta un gallo, se nos volvieron todas nuestras compañeras de viaje, literatas y sentimentales, llovieron *albums* y aquello fué una gloria.

A persona tan circumspecta y retraida como Francisco Gomez del Palacio, le asediaban pidiéndole traducciones de

nuestros versos, y este buen amigo pegaba el grito al cielo por la tarea que le imponian nuestra facundia y los deberes de urbanidad.

La fiebre poética se apoderó hasta del sexo fiero, y no faltó bigotudo que se hiciera conducir á mi presencia con su intérprete, diciéndome que cuánto podia bajarle en el precio de una pequeña cantidad de versos de tristeza y de amor.

Pero tal circunstancia estableció la confianza, menudeaban las confidencias, se hacia comunicativa la alegría y era de escucharse *un palomo* coreado por las lindas hijas de Guillermo Penn y de Washington, con sus medias lenguas.

La aurora del 25 de Enero nos saludó anunciándonos nuestro pronto arribo al puerto de California.

El buque tenia más aseo y estaba más engalanado que de costumbre; los chinos, desde las tres de la mañana, habian hecho maniobrar sus bombas, y chorros, y cataratas de agua habian dejado la embarcacion como un espejo.

En todos los cuartos se hacian líos y se preparaban los objetos pertenecientes á cada individuo para su fácil transporte, corrian los niños vestidos de lujo, por corredores, escaleras y cubierta, salieron á luz canarios, guacamayas y perritos falderos, y damas y galanes, guapos como para asistir á un baile, esperaban con sus sacos, bastones, paraguas y sombrillas al lado, el deseado momento del desembarco.

Solo el grupo de mexicanos, asaz tristes y derrotados, veian aquel que para los demás era término, como principio de desdichas y como confinacion, algunos al destierro y acaso á la miseria.

La navegacion habia sido un paseo, sin una sombra de

peligro; el capitán se había hecho acreedor á nuestra sincera estimación y gratitud.

El mar estaba terso y reluciente con el sol, como un inmenso lago de acero y oro fundidos; comenzamos á percibir buques en todas direcciones, ya cruzando arrogantes por en medio de las aguas, ya en tragin perpétuo, cercanos á la costa. A los primeros se interrogaba con la vista: ¿cuál es tu rumbo? ¿qué destino te prepara el cielo? á los segundos se les veía como de casa, como la servidumbre de la entrada de los palacios, con la que se quiere uno informar de las costumbres de los amos y de las poridades de familia.

Los veteranos del mar, los conocedores de las costas, iban nombrando las rocas y designando los accidentes del terreno. . . . La bulla crecía, la tripulación de nuestro buque coronaba la cubierta y los corredores vestida de gala, viéndose en los balaustrados del exterior como orlas de rostros humanos, sorbetes y sombrillas de todos colores.

De un grupo de buques que parecía venir á nosotros se desprendió el práctico, sonaron los pitos de los vapores, como el relincho de dos caballos que se reconocen.

En semicírculo inmenso fueron desplegándose las rocas, los árboles y las alturas de la bahía. Por el centro del pórtico que parece formar al descubrirse, sobre olas de nácar y de llama, se distinguían bosques de mástiles, entre los que negreaban las chimeneas de los vapores, arrojando torrentes de humo blanco y negro que subía vago y se tendía dorándose con el sol. Cordajes y banderas de todas hechuras y colores, formaban redes en los aires, y surcando las aguas, se agitaban embarcaciones de todos tamaños con sus velas hinchadas y sus remeros alegres.

Forman gigantescos peñones como inmenso pórtico á la entrada de aquel mar interior que se llama la bahía de San Francisco, una de las más grandes y más bellas del mundo.

La bahía de San Francisco tiene grandiosidad sin ejemplo, porque es realmente una cadena de bahías, eslabonadas por las peculiaridades de un terreno cuyos accidentes forman una sucesión de prodigios.

El puerto es propiamente la *Puerta de oro* del Pacífico; dilatadas costas se extienden á sus lados, forman un estrecho promontorio de rocas, que parecen penetrar en las nubes, y enormes peñascos le forman pórtico y la decoran.

Islas, fuertes y montañas, forman el cañon de su entrada, y al extenderse como que aparta la tierra empujándola y se dilata diez y ocho leguas. Los bordes de esta inmensa bahía, tranquila y de limpias aguas, están decorados en uno y otro márgen por pueblos, fábricas, molinos y estancias circuidas de árboles y por sementeras risueñas que casi tocan las olas.

Cuando uno cree que se terminó la bahía porque se tocaron sus confines, se interna y se percibe una isla que como que la limita; pero al trasponerse la isla, ve abrirse y dilatarse el panorama magnífico de la bahía de San Pablo, encerrada entre fertilísimas tierras, ceñida de árboles gigantes y circundada también de habitaciones de campo, que blanquean entre los trigales y al través de los sombríos emparrados. Ebria de tanta hermosura se quiere como reposar la vista, y entónces ve como partidas las montañas y que se precipitan á su espalda en ese cañon profundo, los rios de San Joaquin y del Sacramento, trayendo en su corriente parvadas de embarcaciones que penetran por esa sucesión de bahías y se extienden y como que juegan en las aguas hasta disper-

sarse en la gran bahía, como una legion de aves acuáticas.

Y cuando se ven como perdidas en aquella inmensidad tres mil y más embarcaciones de todos los países, entonces parece trivial el cálculo de que aquellas bahías pueden encerrar la marina de todo el universo.

Un jóven amabilísimo de la familia del Sr. D. Guillermo Andrade (Manuel Gonzalez), con quien habíamos contraído muy buenas relaciones, se encargó de ser mi *cicerone* luego que nos acercamos á la bahía.

El jóven á quien me refiero, perfectamente educado y de buenos estudios náuticos, me habia instruido en las riquezas de la costa, se habia extendido en hacerme explicaciones sobre el importante buceo de la perla, la pesca de la ballena, el cultivo de la orchilla y otros ramos de riquísimo comercio, de la Sonora y de la Baja California.

A grandes rasgos, y sin pretensiones de pedagogo, más bien con la pasion de mexicano patriota, me decia:

—¡Ah, señor! qué tesoros perdió nuestra patria; este es un suelo divino, acaso destinado para una sorprendente revolucion en la gran metamórfosis de las nacionalidades americanas, cuando despedazados los miembros del coloso del Norte, adquiera vida propia cada uno de ellos.

La California está limitada al Norte por el Oregon, á los 42 grados de latitud setentrional; al Este por las Montañas Rocallosas y la Sierra de los Mimbres; al Sur por Sonora y la Baja California, que acabamos de ver; al Oeste por el Océano Pacífico. Su extension de Norte á Sur es de cerca de setecientas millas; de Este á Oeste de seiscientas á ochocientas: su superficie de 400,000 millas cuadradas!

Levántase en los mares de Occidente California, como apoyándose en las abiertas costas de México; desde el Ecuador le tienden los brazos y la cortejan como á una reina las Américas hermanas; las islas de Sandwich y la Australia romancesca, la ven aduladoras y le envían sus frutos: el istmo de Panamá la aclama el gran depósito de los efectos de Europa; el de Suez le sonríe tras los horizontes como celebrando sus nupcias con el mundo antiguo, y el Japon y la China con los encantos de la leyenda, y las tradiciones de la cuna del mundo, la lisonjean, con todo lo que tiene de más grandioso el espectáculo del porvenir de la humanidad.

—Yo, replicaba casi avergonzado de mi ignorancia, todo lo que sé de California es que fué descubierta en 1548 por Cortés y explotada por el navegante español Juan Rodriguez Cabrillo. Treinta años despues la visitó Francisco Drake, quien le dió el nombre de la Nueva Albion, y que colonizada por los españoles en 1768, formó parte de una de tantas provincias de la Nueva España.

—Ya estamos en la entrada de la bahía, me dijo Manuel; vea vd., forma horizonte, parece un mar interior; diga vd. francamente si tenia idea de un tumulto, de una aglomeracion de embarcaciones semejante; y en tal movimiento, ¿ve vd. esa isla asentada en el centro de la bahía?—Es la isla del Alcatraz.

Estos lienzos de roca que parecen precipitarse en el mar, por los que sin embargo hay caminos que culebream de alto á bajo, son fortines y campamentos para las tropas. El lugar ó entrada por donde estamos pasando es *Golden Gate* (puerta de oro). Vea vd. entre esos promontorios de rocas ese palacio como volado sobre el mar: es *Cliff House*, casa pública de

recreo magnífica : ¡qué balastradas y qué espléndidos corredores! ¡y cuán concurrido de damas y caballeros! Al frente, en esos arrecifes, están los famosos leones marinos, que viven bajo la protección de la ciudad. Las falúas de la capitania del puerto, del cuerpo de sanidad y del correo estaban abajo de nuestro buque, tambaleándose en las olas, multitud de negociantes, de agentes de periódicos, de amigos y curiosos se nos acercaban : numerosos botes proclamaban sus asientos y medios de transporte, y por entre los viajeros circulaban en enjambres con sus tarjetas en las manos, personas que nos brindaban hospitalidad en hoteles, *restaurants*, casas de huéspedes y paraderos infinitos. El "Granada" avanzaba por un laberinto de buques sobre los que flotaban banderas de todos los pueblos del globo, se oían acentos en todos los idiomas conocidos, y se veían los trages variadísimos del chino, del danés, del ruso, del austriaco, del europeo y del americano.

Aturdían los mil ruidos, deslumbraba el sol reverberando en las olas inquietas, embriagaba la multitud.

Ibamos viendo como ascendiendo á las alturas las calles de la vasta ciudad, rozábamos multitud de corredores de madera que daban á inmensas galerías bajo las cuales había coches, ómnibus y carros en número sorprendente : eran los *muelles*; en los claros que éstos dejaban, veíanse regados y amontonados tercios, maquinaria de fierro, madera en montañas y trágica de carga y de descarga.

En las posas que hacia nuestro buque ántes de acomodarse en su respectivo muelle, se hablaban los amigos, los esposos se decían ternezas, los niños desde los brazos de las madres tendían sus bracitos inquietos á los autores de sus días.

Algunos, impacientes, tomando en sus manos una especie de morillo con muescas terminado en gancho (*bichero*), le afianzaban á la orilla del buque, trepaban de sorbete y paraguas por sus costados como una lagartija, y caían entre risas y lágrimas en los brazos de personas queridas.

De mis compañeros y de mí se había apoderado un recaudador de viajeros y nos condujo al hotel Gaillard; hotelito para la gente de mediana fortuna, pero en el que se comía á la francesa, recomendación poderosa para los que traíamos el estómago en un hilo á causa del *plan ó sistema* americano.

Rompíamos un mar de transeuntes y carruajes, nos deslumbraban por todas partes edificios magníficos de donde entraban y salían raudales de gentes bien vestidas, y venciendo cuestas y trepando alturas, llegamos al suspirado hotel y quedamos oficialmente instalados.

El hotel, como la mayor parte de las casas, está construido bajo el tema de buque.

Son grandes cajones de madera dentro de los cuales, y siempre bajo de techo, se superponen pisos de cuartos, comunicados por escaleras de caoba con escalones forrados de metal, los cuartos tienen ventanillas á la calle ó se alumbran con tragaluces de variadas formas. No se conoce lo que llamamos patio, y esto empuja á las gentes á la calle como temerosas de la asfixia.

Por lo demás, aunque nuestro hotel fluctúa entre la segunda y la tercera clase, no faltaban sus alfombras y su gas en los tránsitos, ni en los cuartos su cama matrimonial, sus cómodas con mármol, su tocador, su perchero y su mesilla exígua para escribir ó refrescar.

El comedor está situado en el primer piso que da á la